

cidir su voto en las cuestiones obreras. No discutimos la buena fe de esta metamorfosis del grupo parlamentario. Pero afirmamos con profunda convicción que ella sola tiene una virtud negativa: la de alejar cada vez más, a la clase obrera del Partido. Una cantidad de nociones burguesas van infiltrando insensiblemente al socialismo argentino y estamos en vías de no saber ya si en el país el socialismo es una simple corriente democrática, compatible con el capitalismo, el militarismo y la patria burguesa o si es un movimiento histórico, hondamente revolucionario e internacionalista, impulsado por las clases laboriosas, tendiente a dar por tierra, tan rápido como sea posible, con el capitalismo, el militarismo — brazo armado del capitalismo — y la patria burguesa.

Entre la masa laboriosa la actitud del grupo parlamentario ha causado estupor; no cree que sea una actitud digna de socialistas; la desconfianza cunde en su seno y la cálida simpatía con que seguía los pasos del Partido se trueca en sorda indiferencia cuando no en hostil aversión. Verdad es que las huestes patrióticas aplauden efusivamente; esos aplausos ¿no son humillantes? ¿No suenan a nuestros oídos como una bofetada?

Se afirma que el pueblo está por la ruptura de relaciones y hasta por la guerra; lo negamos terminantemente. El pueblo de todas las partes del mundo — y máxime los pueblos de población cosmopolita como el nuestro, de industrialismo incipiente y dedicados por entero a la labor tranquila de cosechar mieses y engordar ganados — es profundamente pacífico, abomina de todo lo que signifique guerra.

Se confunde lamentablemente el sentimiento aliado del pueblo argentino con la ruptura de relaciones y la guerra; el pueblo, casi unánime, acompaña a los aliados; pero el pueblo — la masa trabajadora en su totalidad — está contra la ruptura y la guerra.

Caiga en buena hora el imperialismo alemán y con él todos los imperialismos, grandes, y pequeños, — el inglés conquistador de medio mundo, verdugo del pueblo boer, el italiano, conquistador de Eritrea y Trípoli, el norteamericano que ha sentado sus reales sobre el mismo canal de Panamá, — y el de todos los demás contendientes, incluyendo el del mismo pueblo belga, que en el Congo tuvo su cuarto de hora de veleidat conquistadora.

Nadie pretende justificar al bárbaro imperialismo alemán. Pero reconozcamos que la guerra es cruel, inhumana, y que en toda contienda bé-

lica la nación o el grupo de naciones que llevan la peor parte apelan a los procedimientos, más reprobables. La guerra es así, de esencia vandálica, sin entrañas, sin compasión, sin piedad; combatámosla en toda forma; no creamos que sea más pasable porque se amolde a reglas preestablecidas; evitemos el fatal error de otorgar carta de ciudadanía dentro del socialismo al derecho internacional.

El derecho internacional es la codificación de la guerra; el socialismo es la codificación de la paz; el derecho internacional es un conjunto de normas, desprovistas de fuerza, de sanción, huérfana del calor popular; dentro de las cuales se consideran legalizados el erimen, la rapiña y la violencia colectivas. El socialismo, en ningún caso, justifica o legaliza el crimen, la rapiña y la violencia colectivas.

Y porque las cosas son así es porque sorprende la actitud de los parlamentarios socialistas y su empecinamiento en defender los puntos de vista completamente desechados por el congreso socialista de la Boca. Si esos puntos de vista eran tan firmes ¿para qué se convocó el congreso? ¿El grupo parlamentario esperaba convencer con su elocuencia al Partido, a todas luces contrario a su tesis? Si es así, ¿por qué la mayoría del C. E., que había formulado una moción concordante con la declaración del grupo parlamentario, la retiró a última hora substituyéndola por otra que formulara el doctor Justo al final de su discurso, en los siguientes términos:

“El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones con ningún pueblo.

El Partido Socialista no quiere ninguna declaración de guerra.

El Partido Socialista no quiere ninguna iniciativa parlamentaria socialista referente a la guerra.”

Síguese de aquí que los puntos de vista del grupo parlamentario no eran tan firmes como se dice, ya que él mismo proponía rotundamente: “*El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones con ningún pueblo*” ¿Se quiere conducta más contradictoria, más enredada, más sofisticada?

Prosigamos. El mismo doctor Justo en el discurso que pronunciara en el congreso socialista, historiando la ya célebre declaración del grupo parlamentario, dijo: “Propuse que se comenzara por declarar que no queríamos la guerra ni tampoco la ruptura de relaciones con ningún país. *La ruptura de relaciones, en realidad no tiene sentido*: lo primero que hacen dos países que rompen sus relaciones es encargar cada uno

de ellos la representación de sus intereses en el país enemigo al ministro de otro país. La ruptura no tendría más consecuencia que la de recargar de trabajo al ministro español, que ya representa en Alemania los intereses de medio mundo, y probablemente también al ministro suizo, que representaría los de Alemania en la Argentina. Las otras relaciones están rotas; no conduciría a nada semejante declaración y la de guerra no sería tampoco más eficaz”.

Fluye de lo transcripto que el grupo parlamentario no sólo no se ajustó a la resolución del congreso socialista, sino que ni siquiera tuvo en cuenta la proposición y la palabra de su miembro informante en aquel congreso. ¿Acaso han surgido condiciones nuevas, imprevistas, que hayan hecho cambiar los puntos de vista con que se encaró el tema? Si “a confesión de parte relevo de prueba”, basta con la declaración terminante del doctor Justo en la Cámara de Diputados, quien manifestó que no asignaba ninguna importancia al asunto Luxburg, única incidencia nueva, muy efímera por cierto, que pueda invocarse para justificar la actitud del grupo parlamentario.

El gesto del grupo parlamentario es, pues, doblemente inexplicable, máxime si se tiene en cuenta que simples razones de “cortesía”, de “complacencia”, según términos del doctor Justo, explican el voto socialista. Es realmente una aberración que la cortesía hacia un grupo que nunca la tuvo con los parlamentarios socialistas y en cuyo seno militan hombres que en época no lejana agredieron cobardemente y a mano armada a algún parlamentario socialista por el delito de afirmar crudamente la verdad, se viole abiertamente una resolución de un Congreso, depositario de la soberanía del Partido.

El precedente que se sienta es de los más funestos. ¿Con qué autoridad aplicaremos mañana el rigor del estatuto a modestos militantes que infrinjan la disciplina del Partido, cuando los afiliados más altamente colocados son los primeros en no someterse a sus sanciones? O ¿Para cohonestar la actitud del grupo parlamentario llegaremos a establecer dentro del mismo partido una división de clases, la de los que deben acatar los estatutos y las resoluciones de los congresos y la de los que tienen derecho a violarlos impunemente, porque para ellos no hay estatutos y resoluciones que valgan?

La renuncia presentada por el grupo parlamentario socialista no soluciona esta seria cuestión; más bien la complica. Sabido es que muchos afiliados no están de acuerdo con la actitud del

grupo parlamentario, pero tampoco están dispuestos a aceptar la renuncia, promediando para ello una serie de argumentos, fácilmente enumerables. En lugar de preguntar lisa y llanamente si se acepta o rechaza la renuncia del grupo parlamentario debieran formularse dos interrogaciones:

1.º Si se aprueba la actitud del grupo parlamentario al votar en el Congreso nacional por la ruptura de relaciones con Alemania.

2.º Si se acepta la renuncia del grupo parlamentario.

Al confundirse en una sola las dos cuestiones, es evidente que moralmente se presiona el ánimo de los adherentes. En esas condiciones no se necesita ser profeta para anticipar el resultado del voto general.

La actitud de los parlamentarios socialistas, nos obligaría a sacar una lección poco edificante y harto dolorosa: la de que el Partido que siempre ha dado mayor importancia a las ideas que a los hombres, comience a modificar sus ideas, no en homenaje a una convicción, sino en homenaje a un grupo de hombres que parecen creerse infalibles, y que contra viento y marea quieren convencer al Partido, no admitiendo ni la posibilidad de que el Partido les convenza. Si admitieran esa posibilidad a estas horas no reeditarían los mismos argumentos usados en el último congreso, donde se les demostró acabadamente la insuficiencia de sus puntos de vista y la absoluta ineficacia de las medidas aconsejadas para defender al comercio argentino de la agresión de los submarinos alemanes, asunto que parece preocuparles más que a los acaudalados comerciantes y terratenientes que dirigen el país y venden a precio de oro sus productos a las naciones beligerantes. La crítica que por otra parte el grupo parlamentario hace a los dos primeros considerandos de la resolución del congreso carecen de fundamentos valederos.

Las personas que atisban ahincadamente todos los movimientos del Partido para criticarlo acerbamente al menor traspie, podrán decir — y desgraciadamente no sin alguna base — que ya no solo los tratados son vulgares “tiras de papel”, sino que también lo son las resoluciones de los congresos obreros para quienes más debieran respetarlas y realizarlas. Y agregarán, sin duda, que la voluntad del Partido es tornadiza y voluble, que su soberanía es un mito, una fábula y que lo que existe de hecho, tras de una organización de estructura a primera vista profundamente democrática, es un tutelaje mal disimulado. Los que conocemos al Partido podemos